

LLAMADOS *a ser* SANTOS

Reflexiones Cuaresmales Diarias por el
PAPA SAN JUAN PABLO II, EL PAPA BENEDICTO XVI
Y EL PAPA FRANCISCO

INTRODUCCIÓN

San Pablo recordó a su comunidad corintia que, como cristianos, habían sido “llamados a ser santos” (1 Corintios 1:2). La santidad es la cualidad única que hace que Dios sea divino y diferente de todas las realidades creadas. Por lo tanto, no podemos llegar a ser santos por nuestros propios medios, sino solo a través del contacto con Dios, que transforma a una persona, lugar o cosa en algo sagrado. Durante la Cuaresma, se nos invita a centrarnos en la presencia de Dios y en nuestro deseo de conversión y transformación en una mayor santidad. El Papa San Juan Pablo II señaló que “la Cuaresma es un esfuerzo por purificar el corazón del pecado que lo agobia. Vivir la Cuaresma significa conversión a Dios a través de Jesucristo”. El Papa Benedicto XVI nos animó a hacer de la Cuaresma “un tiempo para lograr una profunda conversión en nuestras vidas y ser transformados por la acción del Espíritu Santo”. Y el Papa Francisco nos recordó que “la Cuaresma es una temporada propicia para profundizar nuestra vida espiritual a través de los medios de santificación que nos ofrece la Iglesia: el ayuno, la oración y la limosna. En la base de todo está la Palabra de Dios, que durante esta temporada se nos invita a escuchar y meditar más profundamente”. Así que embarquémonos en nuestro viaje de conversión utilizando las reflexiones de estos tres papas para guiarnos hacia un mayor contacto con Dios y, por lo tanto, una mayor santidad de vida.

—*Steve Mueller, Editor*

Miércoles de Ceniza:

RENOVANDO NUESTRO COMPROMISO CON LA SANTIDAD

“Santifíquense y sean santos, porque yo, el SEÑOR,
su Dios, soy santo.” (Levítico 20:7)

Hoy comenzamos un viaje de 40 días en preparación para la Pascua, con el austero signo de la imposición de ceniza junto con las palabras de Cristo: “Arrepiéntanse y crean en el evangelio”. La Iglesia nos recuerda nuestra condición de pecadores y nuestra necesidad de arrepentimiento y conversión con su llamado apremiante a rechazar el mal y hacer el bien. La Cuaresma, el tiempo providencial para la conversión, nos ayuda a contemplar el estupendo misterio del amor de Dios. Es un retorno a las raíces de nuestra fe, para que al reflexionar sobre el regalo inmenso de la gracia, no podamos dejar de darnos cuenta de que todo nos ha sido dado por la iniciativa amorosa de Dios. En el mismo amor que Dios tiene por nosotros, se encuentra el llamado a darnos libremente a los demás. Hoy, un compromiso renovado con la santidad es más necesario que nunca.

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo puedo responder mejor en esta Cuaresma a los muchos dones de amor de Dios?



Jueves después del Miércoles de Ceniza

RENOVANDO NUESTRO COMPROMISO CON LA CONVERSIÓN

“Tengan cuidado, pues, de observar mis preceptos.
Yo, el SEÑOR, los hago santos.” (Levítico 20:8)

Comenzamos nuestro viaje de Cuaresma, como lo hacemos cada año, motivados por un espíritu más intenso de oración y reflexión, penitencia y ayuno. A través de las prácticas tradicionales de ayuno, limosna y oración, que son una expresión de nuestro compromiso con la conversión, la Cuaresma nos enseña a vivir el amor de Cristo de una manera cada vez más radical. El ayuno, que puede tener varias motivaciones, adquiere un significado profundamente religioso para el cristiano: al hacer que nuestra mesa sea más pobre, aprendemos a superar el egoísmo para vivir en la lógica del don y el amor. Al soportar alguna forma de privación, y no solo lo que está en exceso, aprendemos a apartar la mirada de nuestro “yo” para descubrir a Alguien cercano a nosotros y reconocer a Dios en el rostro de tantos hermanos y hermanas. Para los cristianos, el ayuno, lejos de ser deprimente, nos abre cada vez más

a Dios y a las necesidades de los demás, permitiendo que el amor a Dios se convierta también en amor a nuestro prójimo.

—*Papa Benedicto XVI*

¿De qué egoísmo puedo abstenerme en esta Cuaresma para abrirme a Dios y a las necesidades de los demás?



Viernes después del Miércoles de Ceniza

UN TIEMPO PARA DECIR “NO”

“Sometáanse, por tanto, a Dios. Resistan al diablo y él huirá de ustedes.”
(Santiago 4:7)

En esta temporada de gracia, deseamos volver nuestros ojos a la misericordia de Dios y regresar al corazón misericordioso del Padre. La Cuaresma es un camino que conduce al triunfo de la misericordia sobre todo lo que nos aplastaría o nos reduciría a algo indigno de nuestra dignidad como hijos de Dios. La Cuaresma es el camino que va desde la esclavitud hasta la libertad, desde el sufrimiento hasta la alegría, desde la muerte a la vida. Por lo tanto, la Cuaresma es el momento de decir “no”. “No” a la indiferencia, pensando que la vida de los demás no es asunto mío, y a todo intento de trivializar la vida, especialmente la vida de aquellos que están cargados de tanta superficialidad. La Cuaresma significa decir “no” a la contaminación tóxica de palabras vacías y sin sentido, de críticas duras y apresuradas, de análisis simplistas que no logran comprender la complejidad de los problemas, especialmente los problemas de los que más sufren. La Cuaresma es el momento de decir “no” a la oración que tranquiliza nuestra conciencia, a la limosna que nos deja satisfechos, al ayuno que nos hace sentir bien. La Cuaresma es el momento de decir “no” a todas esas formas de espiritualidad que reducen la fe a una cultura de gueto, una cultura de exclusión.

—*Papa Francisco*

¿A qué debo decir “no” para seguir a Cristo más de cerca?



Sábado después del Miércoles de Ceniza

UN TIEMPO PARA ENSANCHAMIENTO DE CORAZONES

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.” (Mateo 6:9-10)

La Cuaresma es el tiempo aceptable para nuestra santificación. La oración es la condición fundamental para la conversión, el progreso espiritual y la santi-

dad. La oración está destinada a abrirnos a Dios y a nuestro prójimo, no solo con palabras, sino también con acciones. Por eso, la espiritualidad cristiana, siguiendo a Jesús mismo, asocia la oración con el ayuno y la limosna. Una vida de auto-negación y caridad es un signo de conversión al modo de pensar de Dios, al modo de amar de Dios. Al humillarnos a través de la penitencia, nos abrimos a Dios. Al dar en caridad, nos abrimos a nuestro prójimo. La oración es una expresión de nuestros deseos. Con nuestras debilidades humanas, naturalmente le pedimos a Dios muchas cosas. Podemos sentirnos tentados a pensar que Dios no nos escucha ni nos responde, pero Dios siempre nos escucha y nos responde, desde la perspectiva de un amor mucho más grande y un conocimiento mucho más profundo que el nuestro. El desafío consiste en ensanchar nuestros corazones al santificar el nombre de Dios, al buscar el reino de Dios y al aceptar la voluntad de Dios.

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo puedo dedicar más tiempo cada día a la oración durante esta Cuaresma?



Primer Domingo de Cuaresma

RECHAZANDO FALSAS IMÁGENES DE SER HIJO DE DIOS

“No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.” (Mateo 6:9)

Después de ser ungido con el Espíritu Santo en su bautismo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Al comienzo de su ministerio público, tuvo que rechazar las falsas imágenes del Mesías que el tentador le estaba sugiriendo. Sin embargo, estas tentaciones son también falsas imágenes de nosotros mismos que amenazan con atrapar nuestra conciencia bajo la apariencia de propuestas adecuadas, efectivas e incluso buenas. Su núcleo esencial siempre es la explotación de Dios en función de nuestros propios intereses, dando prioridad al éxito o a las posesiones materiales. El astuto tentador no nos impulsa directamente hacia el mal, sino hacia un falso bien, haciéndonos creer que las verdaderas realidades son el poder y todo lo que satisface nuestras necesidades primarias. Así, Dios pasa a un segundo plano y ya no cuenta, desaparece. En los momentos cruciales de la vida, nos encontramos en una encrucijada: ¿queremos seguir nuestro propio ego o a Dios? ¿Seguir nuestros intereses individuales o lo que es realmente bueno? No tengamos miedo de enfrentar la batalla contra el espíritu del mal y luchemos contra él con Jesús.

—Papa Benedicto XVI

¿Qué me tienta más a centrarme en mí mismo y en mis intereses en lugar de en Dios?

Lunes, Semana 1

UN TIEMPO PARA LA LUCHA ESPIRITUAL

“En seguida, el Espíritu lo impulsó a ir al desierto. Y estuvo en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás.” (Marcos 1:12-13)

En los 40 días de soledad de Jesús en el desierto, se enfrenta a Satanás, desenmascara sus tentaciones y lo vence. La Cuaresma es un tiempo de lucha espiritual contra el espíritu del mal. Nos colocamos decididamente en el camino de Jesús que conduce a la vida. Su camino pasa por el desierto donde se pueden escuchar tanto la voz de Dios como la voz del tentador, donde verdaderamente se juega nuestro destino, la vida o la muerte. ¿Y cómo escuchamos la voz de Dios? La escuchamos en su Palabra. Por esta razón, es importante conocer las Escrituras, porque de lo contrario no sabemos cómo reaccionar ante las trampas del maligno. ¡Así que lee el Evangelio todos los días! Medita en él durante un rato, por 10 minutos. Y también llévalo contigo en tu bolsillo o bolso. El desierto cuaresmal nos ayuda a decir “no” a la mundanalidad y sus “ídolos”, y nos ayuda a tomar decisiones valientes de acuerdo con el Evangelio y a fortalecer la solidaridad con los demás.

—Papa Francisco

¿Cómo puedo basarme en las Escrituras para encontrar formas de enfrentar el mal como lo hizo Jesús?



Martes, Semana 1

RESISTIENDO LA TENTACIÓN

“Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. Resistidle, firmes en la fe.” (1 Pedro 5:8-9)

¿Por qué el pecado siempre da lugar a conflictos con Dios? El pecado es la fuente de la división interna, y toda la vida humana (individual y social) se muestra como una lucha dramática entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad. La conversión significa apartarse del mal y del pecado. Debemos ser radicales con el pecado. La forma ha sido presentada de manera dramática

en las tentaciones de Jesús en el desierto. Lo vemos rechazar la decepción de la ambición egoísta y el orgullo para obedecer plenamente su llamado divino. Al renunciar a toda ambición, cumple la Palabra de Dios y se somete a la voluntad del Padre. Jesús superó la tentación de independencia de Dios. Rechazó la tentación de hacer milagros por su cuenta. También rechazó la ambición vanidosa y la lujuria de poder. Al superar estas tres tentaciones en las que el pueblo de Israel había caído mientras vagaba en el desierto, Jesús nos dio un ejemplo de cómo debemos actuar cuando nos enfrentamos a engaños similares.

—Papa San Juan Pablo II

*¿Qué tentaciones son las más desafiantes para mí en la actualidad?
¿Cómo puedo superarlas como lo hizo Jesús?*



Miércoles, Semana 1

GUIADOS POR LA PALABRA DE DIOS

“Tu palabra es una lámpara para mis pies y una luz para mi camino.”
(Salmo 119:105)

Para emprender más seriamente nuestro viaje hacia la Pascua y prepararnos para celebrar la resurrección del Señor, ¿qué podría ser más apropiado que permitirnos ser guiados por la Palabra de Dios? Al meditar e interiorizar la Palabra para vivirla todos los días, aprendemos una forma valiosa e insustituible de oración. Al escuchar atentamente a Dios, que continúa hablando a nuestros corazones, nutrimos el itinerario de la fe iniciado el día de nuestro Bautismo. La oración también nos permite adquirir una nueva concepción del tiempo: sin la perspectiva de la eternidad y la trascendencia, de hecho, el tiempo simplemente dirige nuestros pasos hacia un horizonte sin futuro. En cambio, cuando oramos, encontramos tiempo para Dios, para comprender que sus “palabras no pasarán” (Mc 13:31), para entrar en esa íntima comunión con Él “que nadie les podrá quitar” (Jn 16:22), abriéndonos a la esperanza que no defrauda, la vida eterna.

—Papa Benedicto XVI

*¿Cómo estoy siendo más dedicado a la lectura y la oración
de las Escrituras en esta Cuaresma?*

Jueves, Semana 1

¿QUÉ DEBO CAMBIAR?

“¡Ojalá escuchéis hoy su voz y no endurezcáis vuestros corazones!” (Hebreos 4:7)

En la presencia de Dios, durante una lectura recogida del texto del Evangelio, es bueno preguntar, por ejemplo: “Señor, ¿qué me dice este texto? ¿Qué quieres cambiar en mi vida a través de él? ¿Qué me preocupa de él? ¿Por qué no me interesa? O tal vez: ¿Qué encuentro agradable en este texto? ¿Qué hay en esta palabra que me conmueve? me atrae? ¿Por qué me atrae?” Cuando nos esforzamos por escuchar a Dios, suelen surgir tentaciones. Una de ellas es simplemente sentirnos inquietos o cargados y apartarnos. Otra es pensar en lo que el texto significa para otras personas y evitar aplicarlo a nuestra propia vida. También podemos buscar excusas para debilitar el significado claro del texto. Dios siempre nos invita a dar un paso adelante, pero no exige una respuesta completa si aún no estamos listos, solo pide que nos presentemos sinceramente ante Él y que estemos dispuestos a seguir creciendo, pidiendo a Dios lo que aún no podemos lograr por nosotros mismos.

—Papa Francisco

¿Cómo puedo abrir mejor mi mente y mi corazón para escuchar y responder al mensaje del Evangelio de Jesús?



Viernes, Semana 1

ESCUCHAR LA PALABRA DE DIOS

“Señor, cuando encontré tus palabras, las devoré; tus palabras fueron mi gozo, la alegría de mi corazón.” (Jeremías 15:16)

Escuchar la palabra de Dios es lo más importante en nuestras vidas. Cristo siempre está en medio de nosotros y desea hablar a nuestros corazones. Podemos escucharlo meditando con fe en las Sagradas Escrituras, en la oración privada y comunitaria, en la meditación silenciosa ante el sagrario, desde donde Él nos habla de su amor. Los cristianos, especialmente los domingos, están llamados a encontrarse y escuchar al Señor. Esto sucede de manera más completa a través de la participación en la Misa y durante los servicios sagrados, durante los cuales Cristo prepara el banquete de la Palabra y el pan de vida para los fieles. Pero también otros momentos de oración, reflexión, descanso y comunidad pueden combinarse de manera provechosa

para santificar el día del Señor. Cuando, por la acción del Espíritu Santo, Dios habita en el corazón de los creyentes, les resulta más fácil servir a los demás.

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo me ha llevado escuchar la Palabra de Dios a actuar más en servicio a los demás?



Sábado, Semana 1

FIJEMOS NUESTRA MIRADA EN CRISTO

“¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre.” (Juan 14:9)

Durante este tiempo de Cuaresma, necesitamos mantener nuestra mirada fija en Jesucristo, el “autor y consumidor de nuestra fe” (Hebreos 12:2). En Él, toda la angustia y anhelo del corazón humano encuentra su realización. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, el poder del perdón ante una ofensa recibida y la victoria de la vida sobre la vacuidad de la muerte: todo esto encuentra su realización en el misterio de su Encarnación, en su hacerse humano, en su compartir nuestra debilidad humana para transformarla por el poder de su resurrección, y en el misterio de su muerte y resurrección con la cual redimió al mundo.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo puedo imitar mejor la fidelidad de Jesús a Dios y el deseo de Dios de relaciones justas?



Segundo Domingo de Cuaresma

DEBEMOS ESCUCHAR A JESÚS

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; escuchadle.” (Mateo 17:5)

En el relato de la transfiguración de Jesús, la montaña representa un lugar cercano a Dios y adecuado para un encuentro íntimo con Él, un lugar de oración donde uno se encuentra en la presencia de Dios. Allí, Jesús se revela a los tres discípulos como transfigurado, luminoso y hermoso. Luego aparecen Moisés y Elías y conversan con Él. Su rostro es tan resplandeciente y sus vestiduras tan blancas que Pedro, asombrado, desea quedarse allí, como si quisiera detener el tiempo. De repente, desde lo alto, resuena la voz del Padre proclamando a Jesús como su Hijo amado, diciendo “escuchadlo”. ¡Esta palabra es importante! Dios nuestro Padre lo dijo a estos apóstoles, y también nos lo dice a nosotros: “escuchad a Jesús, porque es mi Hijo amado”.

Esta semana mantengamos esta palabra en nuestras mentes y en nuestros corazones: ¡"escuchad a Jesús!" Dios Padre nos lo dice a todos: a mí, a ti, a todos nosotros. Es como una ayuda para avanzar en el camino de Cuaresma. ¡"Escuchad a Jesús!"

—Papa Francisco

¿Cómo puedo apartar un poco más de tiempo cada día para escuchar las palabras de Jesús en las Escrituras?



Lunes, Semana 2

NUESTRO VIAJE CUARESIMAL DE TRANSFORMACIÓN

"Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." (Juan 8:12)

Pedro, Santiago y Juan fueron testigos de la extraordinaria transfiguración de Jesús. El Evangelio relata que Jesús los llevó aparte y los llevó con Él a una montaña alta. El ascenso de los discípulos al monte Tabor nos invita a reflexionar sobre el viaje penitencial de estos días. La Cuaresma también es un camino ascendente. Es una invitación a redescubrir el silencio calmante y regenerador de la meditación. Es un esfuerzo por purificar el corazón del pecado que lo carga. Es ciertamente un viaje exigente, pero que nos lleva hacia una meta llena de belleza, esplendor y alegría. En la Transfiguración, la voz del Padre celestial nos ordena "escuchar a Jesús". Estas palabras contienen todo el programa de Cuaresma: debemos escuchar a Jesús. Él nos revela al Padre, porque, como Hijo eterno, es "la imagen del Dios invisible" (Colosenses 1:15).

—Papa San Juan Pablo II

¿Qué es lo que más he aprendido y ha cambiado en mí al escuchar a Jesús esta Cuaresma?



Martes, Semana 2

PASANDO TIEMPO EN LA PRESENCIA DE DIOS

"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna." (Juan 6:68)

La Transfiguración de Jesús nos pone ante nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y anuncia la divinización de las personas humanas. Nos damos cuenta de que en esta Cuaresma Jesús nos guía, como a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, "a una montaña alta aparte" (Mateo 17:1), para recibir una vez más en Cristo, como hijos e hijas en el Hijo, el don de

la gracia de Dios: “Este es mi Hijo amado; en Él me complace. Escuchadle” (Mateo 17:5). Estamos invitados a distanciarnos del ruido de la vida cotidiana para sumergirnos en la presencia de Dios. Dios desea entregarnos, cada día, una Palabra que penetre en lo más profundo de nuestro espíritu, donde discernimos el bien del mal (Hebreos 4:12), fortaleciendo nuestra voluntad para seguir al Señor en nuestro camino cuaresmal de conversión auténtica, para dar lugar a Dios y ver la realidad diaria con los ojos de Dios.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo mi lectura de las Escrituras y mi oración me han ayudado más a ver la realidad diaria con los ojos y los valores de Dios?



Miércoles, Semana 2

UN TIEMPO PARA ABRIR NUESTROS CORAZONES

“El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en las buenas nuevas.” (Marcos 1:15)

La Cuaresma es el viaje del pueblo de Dios hacia la Pascua, un viaje de conversión, de lucha contra el mal con las armas de la oración, el ayuno y las obras de caridad. La conversión del corazón es la característica principal de esta temporada de gracia. Esto nos desafía a todos sin excepción y nos recuerda que la conversión no se reduce a formas externas o intenciones vagas, sino que involucra y transforma toda la existencia, comenzando desde el centro de la persona, desde la conciencia. Estamos invitados a emprender un viaje en el que, desafiando la rutina, luchamos por abrir nuestros ojos y oídos, pero especialmente por abrir nuestros corazones, para ir más allá de nuestras propias zonas de confort. Corremos el riesgo de aislarnos de los demás y olvidarnos de ellos. Pero solo cuando las dificultades y el sufrimiento de los demás nos confrontan y nos cuestionan, podemos iniciar nuestro camino de conversión hacia la Pascua. Es un itinerario que siempre implica la cruz y la negación de uno mismo.

—Papa Francisco

¿Qué me está ayudando más a centrarme en Dios y en los caminos de Dios esta Cuaresma?

Jueves, Semana 2

ACERCÁNDONOS A DIOS A TRAVÉS DE LA ORACIÓN

“A ti, SEÑOR, elevo mi alma. Dios mío, en ti confío.” (Salmo 25:1)

En el Evangelio, Cristo mismo nos indica el rico programa de conversión y también los medios que sirven para esta conversión, en primer lugar la oración, y luego la limosna y el ayuno. Debemos aceptar e introducir estos medios en nuestras vidas en proporción a las necesidades y posibilidades de nuestros tiempos y circunstancias. La oración siempre sigue siendo la primera y fundamental condición para acercarnos a Dios. Durante la Cuaresma debemos esforzarnos por orar más, por buscar el tiempo y el lugar para la oración. Es la oración en primer lugar la que nos saca de la indiferencia y nos hace sensibles a las cosas de Dios y del alma. La oración también educa nuestras conciencias, y la Cuaresma es un momento especialmente adecuado para despertar y educar la conciencia. La Iglesia también nos recuerda la necesidad indispensable de la confesión sacramental, para que podamos vivir la resurrección de Cristo no solo en la liturgia, sino también en nuestra propia alma.

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo mi dedicación a la oración esta Cuaresma más me ha cambiado?



Viernes, Semana 2

ORANDO CON LA PALABRA DE DIOS

“Venga mi clamor delante de ti, SEÑOR; dame entendimiento conforme a tu palabra.” (Salmo 119:169)

La Palabra de Dios es la base de toda espiritualidad cristiana auténtica. Un enfoque de oración en el texto sagrado es un elemento fundamental en la vida espiritual de todo creyente. Comprender la Escritura requiere, más que el estudio, cercanía a Cristo y oración. Al aplicarte diligentemente a buscar el significado de las Sagradas Escrituras con una confianza inquebrantable en Dios, descubrirás lo que está oculto en gran plenitud en su interior. Sin embargo, no debes contentarte solo con buscar y golpear: para comprender las cosas de Dios, lo que es absolutamente necesario es la oración. La oración, como súplica, intercesión, acción de gracias y alabanza, es la forma principal en que la Palabra nos transforma. Recuerda también que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir la comunión, para unirnos en la verdad en nuestro camino hacia Dios. Aunque es una Palabra dirigida a cada uno de

nosotros personalmente, es también una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo mi oración cuaresmal más me ha ayudado a profundizar mis relaciones con los demás?



Sábado, Semana 2

ESCUCHANDO EN SILENCIO

“Habla, Señor, que tu siervo escucha.” (1 Samuel 3:9)

Primero debemos disponernos a escuchar la Palabra de Dios. Esto significa redescubrir el valor del silencio para meditar en la Palabra que viene hacia nosotros. Solo dedicamos períodos de tiempo tranquilo a las cosas o las personas a las que amamos, y aquí estamos hablando del Dios a quien amamos y que desea hablarnos. Por este amor, podemos tomar todo el tiempo que necesitemos. Necesitamos practicar el arte de escuchar, que va más allá de simplemente oír. Escuchar es una apertura del corazón que permite la cercanía sin la cual no puede ocurrir un encuentro espiritual genuino. Escuchar nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra adecuada que muestre que somos más que simples espectadores. Solo a través de tal escucha respetuosa y compasiva podemos emprender el camino hacia un verdadero crecimiento y despertar un anhelo por el ideal cristiano: el deseo de responder plenamente al amor de Dios y llevar a cabo lo que Él ha sembrado en nuestras vidas.

—Papa Francisco

¿Cómo puedo encontrar un lugar y tiempo de silencio cada día para escuchar más atentamente la Palabra de Dios?



Tercer Domingo de Cuaresma

SEÑOR, DAME ESTA AGUA

“El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed; porque el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que salte para vida eterna.” (Juan 4:14)

Cristo le pide agua a la mujer samaritana. Su sed material simboliza una realidad mucho más profunda. Expresa su ardiente deseo de que su interlocutora y sus conciudadanos se abran a la fe. Cuando ella le pide agua a Cristo, está revelando fundamentalmente la necesidad de una relación satisfactoria con Dios presente en cada corazón. Y el Señor se revela como aquel que ofrece el agua viva del Espíritu, que satisface para siempre la sed infinita de cada ser

humano. El episodio de la mujer samaritana traza el camino de fe al que todos estamos llamados a seguir. Incluso hoy en día, Jesús continúa “teniendo sed”, es decir, deseando la fe y el amor de la humanidad. Nuestro compromiso con su mensaje de salvación y el deseo de difundirlo en el mundo provienen de nuestro encuentro personal con Él, si lo reconocemos y recibimos como el Mesías. La revelación recibida con fe nos pide convertirse en una palabra proclamada a otros, testificada en las elecciones concretas de la vida. Esta es la misión de los creyentes, que surge y crece a partir de su encuentro personal con el Señor.

—Papa San Juan Pablo II

*¿Cómo ha cambiado más mi comprensión de Jesús mis actitudes
y comportamiento hacia los demás?*



Lunes, Semana 3

SED HACEDORES DE LA PALABRA, NO SOLO OYENTES

“La palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y la médula, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón.”
(Hebreos 4:12)

La Palabra de Dios arroja luz sobre la existencia humana y despierta nuestra conciencia para que examinemos más profundamente nuestras vidas. El Evangelio nos recuerda que cada momento de nuestra vida es importante y debe vivirse intensamente, con la conciencia de que todos tendremos que rendir cuentas de nuestra vida. La misma Palabra de Dios enfatiza la necesidad de nuestro compromiso en el mundo y nuestra responsabilidad ante Cristo, el Señor de la historia. Mientras proclamamos el evangelio, animémonos mutuamente a hacer el bien y a comprometernos con la justicia, la reconciliación y la paz, que encuentran su fundamento y cumplimiento último en el amor revelado en Cristo. Quien afirme haber comprendido los

Escrituras sin esforzarse por crecer en este doble amor a Dios y al prójimo, deja en claro que aún no las ha entendido.

—*Papa Benedicto XVI*

¿Cómo ha cambiado más mi comprensión del Evangelio mi compromiso con la justicia, la reconciliación y la paz?



Martes, Semana 3

LA GRACIA DE CRISTO

“Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que aunque era rico, por amor a ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos.”
(2 Corintios 8:9)

En relación con nuestro camino de conversión como individuos y como comunidad, la pobreza de Cristo muestra cómo Dios obra. Jesús no se revela revestido de poder y riquezas mundanas, sino en debilidad y pobreza. Él eligió ser pobre. Vino entre nosotros y se acercó a cada uno de nosotros. Renunció a su gloria y se despojó para poder ser como nosotros en todas las cosas. Podemos hacer lo mismo en la medida en que imitemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un momento adecuado para la autonegación. Sería bueno preguntarnos qué podemos renunciar para ayudar y enriquecer a otros con nuestra propia pobreza. En una sociedad a menudo embriagada por el consumismo y el hedonismo, la riqueza y la extravagancia, las apariencias y el narcisismo, Jesús nos llama a actuar de una manera que sea simple, equilibrada, coherente y capaz de ver y hacer lo esencial.

—*Papa Francisco*

¿Cómo puedo imitar mejor la autonegación de Cristo en mis acciones esta Cuaresma?



Miércoles, Semana 3

EL DESAFÍO DE LA CONVERSIÓN DIARIA

“No se ajusten a los patrones de este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, de manera que puedan comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.” (Romanos 12:2)

Todos debemos convertirnos de nuevo cada día. Esta es una demanda fundamental del Evangelio, dirigida a todos. Convertirse significa volver a la gracia misma de nuestra vocación. Significa meditar sobre la infinita bondad

y amor de Cristo, quien se dirigió a cada uno de nosotros y, llamándonos por nuestro nombre, dijo: “Sígueme”. Convertirse significa dar cuentas constantemente ante el Señor de nuestros corazones acerca de nuestro servicio, nuestro celo y nuestra fidelidad, porque estamos llamados a ser “siervos de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (1 Corintios 4:1). Convertirse también significa “rendir cuentas” de nuestras negligencias y pecados, de nuestra timidez, de nuestra falta de fe y esperanza, de nuestro pensamiento puramente “a la manera humana”. Convertirse significa buscar nuevamente el perdón y la fortaleza de Dios en el sacramento de la reconciliación, y así comenzar de nuevo siempre y progresar cada día. Convertirse significa “orar continuamente y no desfallecer” (Lucas 18:1).

—Papa San Juan Pablo II

¿Qué relato podría dar de mi viaje de conversión hasta ahora esta Cuaresma?



Jueves, Semana 3

YO ESTARÉ SIEMPRE CON USTEDES

“He aquí, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mateo 28:20)

Ser cristianos siempre se logra volviéndonos cristianos una y otra vez. Nunca es una historia que termine de una vez por todas, sino más bien un viaje que nos exige comenzar constantemente de nuevo. La invitación a la conversión es un estímulo para dejarnos conquistar por Jesús (Filipenses 3:12) y volver con Él al Padre. Somos cristianos solo si encontramos a Cristo. Por supuesto, es posible que no se nos muestre de una manera abrumadora y luminosa, como lo hizo a San Pablo. Pero también podemos encontrar a Cristo al leer la Sagrada Escritura, en la oración, en la vida litúrgica de la Iglesia. Podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que Él toca el nuestro. Solo en esta relación personal con Cristo, solo en este encuentro con el Resucitado, nos convertimos verdaderamente en cristianos. Por lo tanto, oremos para que el Señor nos ilumine, para concedernos un encuentro con su presencia en nuestro mundo, y así otorgarnos una fe viva, un corazón abierto y un gran amor por todos, capaz de renovar el mundo.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo he encontrado principalmente a Cristo esta Cuaresma en la Escritura, los sacramentos y en otras personas?

Viernes, Semana 3

CONVERSIÓN DE CORAZÓN

“Aún ahora, dice el SEÑOR, vuélvanse a mí con todo su corazón, con ayuno, llanto y luto.” (Joel 2:12)

La conversión de corazón es la característica principal de esta temporada de Cuaresma de gracia. El Evangelio desafía a todos nosotros sin excepción y nos recuerda que la conversión no debe reducirse a formas externas o intenciones vagas, sino que compromete y transforma toda la existencia, comenzando desde el centro de la persona, desde la conciencia. Estamos invitados a embarcarnos en un viaje en el que, desafiando la rutina, debemos abrir nuestros ojos y oídos, pero especialmente abrir nuestros corazones, para ir más allá de nuestro propio “patio trasero”, abriéndonos a Dios y a los demás. Sabemos que este mundo cada vez más artificial querría que viviéramos en una cultura de “hacer”, de lo “útil”, donde excluimos a Dios de nuestro horizonte sin siquiera darnos cuenta. Pero también excluimos el horizonte en sí. La Cuaresma nos insta a despertarnos, a recordarnos que somos criaturas, simplemente, que no somos Dios.

—*Papa Francisco*

¿Cómo puedo abrir mi corazón a las necesidades de quienes están más cerca de mí?



Sábado, Semana 3

ESTATE ATENTO A LA PALABRA DE DIOS.

“Que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza.” (Colosenses 3:16)

Durante la Cuaresma se nos ofrece la oportunidad de prestar mayor atención a las necesidades del espíritu y escuchar con más atención la Palabra de Dios, que nos revelará los horizontes del amor del Señor, enriqueciéndonos con una espiritualidad más profunda que nos llevará luego a vivir nuestras actividades cotidianas con un alma renovada. La Sagrada Escritura es una fuente pura y duradera de vida espiritual, y la regla suprema de nuestra fe. Es como agua que sacia la sed y alimento que nutre la vida de los creyentes. Debemos cultivar un contacto más intenso y frecuente con la Palabra de Dios, permitiendo que su poder sanador y creativo obre en nosotros. Aprender a leer la Sagrada Escritura es fundamental para el creyente: es el primer paso de una escalera que continúa con la meditación y, por tanto, con la verdadera oración. La oración basada en la lectura bíblica es la principal forma de espiritualidad cristiana.

—*Papa San Juan Pablo II*

¿Cómo he experimentado la sanación de la Palabra de Dios en esta Cuaresma?

Cuarto Domingo de Cuaresma

OJOS PARA VER COMO JESÚS

“He venido a este mundo para juicio, para que los que no ven, vean,
y los que ven, queden ciegos.” (Juan 9:39)

La curación de Jesús del hombre nacido ciego desató un acalorado debate porque Jesús lo hizo en el día de reposo, lo que, en opinión de los fariseos, violaba el precepto del día festivo. Así que Jesús y el hombre ciego son excluidos, el primero porque rompió la ley y el segundo porque, a pesar de ser sanado, seguía marcado como pecador desde su nacimiento. Pero Jesús revela al hombre ciego sanado que había venido al mundo para el juicio, para separar a los ciegos que pueden ser sanados de aquellos que no permiten ser sanados porque se consideran saludables. De hecho, la tentación de construir un sistema de seguridad ideológica es fuerte en las personas: incluso la religión puede convertirse en un elemento de este sistema, al igual que el ateísmo o el secularismo, pero al permitir que esto suceda, uno se ciega por su egoísmo. ¡Permítanos ser sanados por Jesús, quien puede y desea darnos la luz de Dios! Confesemos nuestra ceguera, nuestra miopía y, sobre todo, nuestro orgullo.

—Papa Benedicto XVI

*¿Cómo se han abierto más mis ojos por mi contacto con
el poder sanador de Jesús esta Cuaresma?*



Lunes, Semana 4

MANTENIENDO LA PUERTA ABIERTA

“He aquí que yo estoy a la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y abre la puerta,
entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20)

Por lo general, cuando estamos sanos y cómodos, tendemos a olvidarnos de los demás y de sus problemas, sus sufrimientos y las injusticias que padecen. La indiferencia hacia nuestro prójimo y hacia Dios es una tentación real para nosotros, los cristianos. Cada año, durante la Cuaresma, necesitamos escuchar una vez más la voz de los profetas que claman y perturban nuestra conciencia. Dios no es indiferente a nuestro mundo, sino que lo ama tanto

que dio a su Hijo para nuestra salvación. En la vida terrenal, muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abrió una puerta entre Dios y la humanidad, entre el cielo y la tierra, para todos. La Iglesia es como la mano que sostiene abierta esta puerta, gracias a su proclamación de la Palabra de Dios, su celebración de los sacramentos y su testimonio de la fe que obra por el amor. Pero el mundo tiende a replegarse sobre sí mismo y a cerrar esa puerta por la cual Dios entra en el mundo y el mundo va hacia Dios. Por lo tanto, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada y herida.

—Papa Francisco

¿Cómo podría “abrir la puerta” más para que Dios entre en mi vida y en la vida de los demás?



Martes, Semana 4

EL EJEMPLO DE ORACIÓN DE JESÚS

“Y no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros.” (Juan 17:20-21)

La oración nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en unión con Él, la primacía de la vida interior y de la santidad. En la oración expresamos nuestros sentimientos, pensamientos y sentimientos, y abrimos nuestros corazones y mentes al Dios que nos ama. La oración nos hace uno con el Señor. A través de la oración, compartimos más profundamente en la vida y el amor de Dios. Una de las cosas más sorprendentes acerca de Jesús era su hábito de oración. En medio de un ministerio público activo, se retiraba a solas para estar en silencio y comunión con su Padre. Los sábados, acostumbraba ir a la sinagoga y orar con otros en común. Cuando estaba con sus discípulos o cuando estaba solo, oraba al Padre, a quien amaba profundamente. Si realmente deseas seguir a Cristo, si quieres que tu amor por Él crezca y perdure, entonces debes ser fiel a la oración. Es la clave para la vitalidad de tu vida en Cristo. Sin oración, tu fe y amor morirán. Colócate siempre ante el ejemplo de Jesús: mantén una conversación diaria con el Maestro divino, una conversación de apertura a través de su Palabra y una disposición a seguir.

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo ha revitalizado más mi relación con Dios mi conversación diaria en la oración?

Miércoles, Semana 4

PROFUNDIZANDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS

“Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, el que resucitó a Cristo de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en ustedes.” (Romanos 8:11)

Al observar las oraciones de Jesús, debemos preguntarnos: ¿cómo oro? ¿Cuánto tiempo dedico a mi relación con Dios? Escuchar, meditar y estar en silencio delante del Señor que habla es un arte que se aprende practicándolo con perseverancia. La oración es, por supuesto, un regalo que, sin embargo, pide ser aceptado. Es una obra de Dios, pero exige compromiso, continuidad y constancia de nuestra parte. El ejemplo de Jesús muestra que su oración, vivificada por la paternidad de Dios y por la comunión con el Espíritu, se profundizó y prolongó en la práctica fiel. Permítanos entrenarnos en una relación intensa con Dios, con una oración que no sea ocasional, sino constante, llena de fe, capaz de iluminar nuestras vidas, como Jesús nos enseñó. Y pidámosle que nos capacite para comunicar a las personas cercanas a nosotros, a quienes encontramos en nuestro camino, la alegría del encuentro con el Señor.

—Papa Benedicto XVI

*¿Cómo podría compartir mejor con otros la experiencia de mi
encuentro con Dios en la oración?*



Jueves, Semana 4

DEJA QUE JESÚS TE CAMBIE

“El SEÑOR tu Dios es clemente y compasivo, y no volverá el rostro de ti, si te conviertes a él.” (2 Crónicas 30:9)

¿Cuántas veces hemos sentido la necesidad de efectuar un cambio que involucraría a toda nuestra persona! ¿Cuántas veces nos decimos a nosotros mismos: “Necesito cambiar, no puedo seguir así. Mi vida en este camino no dará frutos. Será una vida inútil y no seré feliz.” Y Jesús, que está cerca de nosotros, extiende su mano y dice: “Ven, ven a mí. Yo haré el trabajo, cambiaré tu corazón, cambiaré tu vida, te haré feliz”. Pero, ¿creemos esto o no? Jesús, con el Espíritu Santo, siembra en nosotros esta inquietud para cambiar nuestra vida y ser un poco mejores. Aceptemos su invitación y no pongamos resistencia, porque solo si nos abrimos a su misericordia encontraremos la verdadera vida y la verdadera alegría. Lo único que tenemos que hacer es

abrir la puerta de par en par, y él hará el resto. Él lo hace todo, pero debemos abrir nuestro corazón de par en par para que él pueda sanarnos y hacernos avanzar.

—*Papa Francisco*

Con la ayuda de Jesús, ¿qué es lo que más deseo cambiar en mí y en mi vida ahora?



Viernes, Semana 4

EL TOQUE SANADOR DE CRISTO

“A las descarriadas, yo las buscaré; a la enferma, la curaré; a la que está herida, la vendaré; a la enferma, le daré de comer y la protegeré.” (Ezequiel 34:16)

La enfermedad y el sufrimiento son problemas fundamentales de la existencia humana. Cuando los enfermos se acercaban a Jesús, lo reconocían como un amigo cuyo corazón profundamente compasivo y amoroso respondía a sus necesidades. Sus curaciones, sin embargo, involucraban más que simplemente sanar la enfermedad. También eran signos proféticos de su propia identidad y la venida del reino de Dios, y muy a menudo provocaron un nuevo despertar espiritual en aquellos que habían sido sanados. El poder sanador de Jesús no ha perdido su efecto en la historia de 2,000 años de la Iglesia. Este poder siempre activo sigue siendo una fuente de sanación y reconciliación en la vida y la oración de la Iglesia, y autentica la proclamación de la Iglesia del reino de Dios y su mandato por Cristo de cuidar de los pobres, los débiles, los indefensos, los que sufren y los que lloran.

—*Papa San Juan Pablo II*

¿Qué es lo que más deseo que Cristo sane en mí y en los demás hoy?



Sábado, Semana 4

LA ORACIÓN ES EL ALIENTO DE NUESTRA ALMA

“The Spirit comes to the aid of our weakness; for we do not know how to pray as we ought, but the Spirit itself intercedes with inexpressible groanings.” (Romans 8:26).

En la oración experimentamos, más que en otros aspectos de la vida, nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestro ser criaturas, ya que estamos ante la omnipotencia y trascendencia de Dios. Y cuanto más avanzamos en la escucha y en el diálogo con Dios, para que la oración se convierta en el aliento diario de nuestras almas, más percibimos nuestras limitaciones, no solo en la vida co-

tidiana, sino también en nuestra relación con Dios. La necesidad de confiar, de depender cada vez más de Dios, crece en nosotros. Llegamos a entender que queremos orar, pero no tenemos las palabras, el lenguaje, para hablar con Dios. Solo podemos abrirnos, poner nuestro tiempo de oración a disposición de Dios, esperando que Dios nos ayude a entrar en un diálogo verdadero. Y el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra incapacidad, ilumina nuestras mentes y calienta nuestros corazones, guiándonos para que nos volvamos hacia Dios.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo podría abrirme más completamente a la presencia transformadora de Dios en mi oración?



Quinto Domingo de Cuaresma

¡NO TEMAS!

“Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso.”
(Mateo 11:28)

Escuchamos dirigidas a cada uno de nosotros las palabras de Jesús a Lázaro: “¡Sal! ¡Sal de la tristeza sin esperanza! Desenvuélvete de las vendas del miedo que obstaculizan el camino, de las ataduras de las debilidades y ansiedades que te constriñen. Afirma que Dios desata los nudos. Siguiendo a Jesús, aprendemos a no enredar nuestras vidas alrededor de problemas que se enredan. Siempre habrá problemas y, cuando resolvamos uno, otro llegará puntualmente. Sin embargo, podemos encontrar una nueva estabilidad que es Jesús mismo, quien es la resurrección y la vida. Con él, la alegría mora en nuestros corazones, la esperanza renace, el sufrimiento se transforma en paz, el miedo en confianza, la dificultad en una ofrenda de amor. Y aunque las cargas no desaparezcan, siempre estará su mano que eleva y su palabra alentadora que dice a cada uno de nosotros: “¡Sal! ¡Ven a mí! ¡No tengas miedo!”

—Papa Francisco

¿Qué miedos o cargas deseo que Jesús levante de mí hoy?



Lunes, Semana 5

SEPARADOS PARA EL EVANGELIO

“No me avergüenzo del Evangelio. Es poder de Dios para la salvación de todos los que creen.” (Romanos 1:16)

El evangelio de Jesucristo no es una abstracción, una opinión privada, un ideal espiritual distante o un mero programa de crecimiento personal. ¡Es el poder que puede transformar el mundo! Es la persona viva de Jesucristo, la

Palabra de Dios, el reflejo de la gloria del Padre, el Hijo encarnado que revela el significado más profundo de nuestra humanidad y el noble destino al que toda la familia humana está llamada. Cristo nos ha ordenado dejar brillar la luz del evangelio en nuestro servicio a la sociedad. ¿Cómo podemos profesar fe en la Palabra de Dios y luego negarnos a dejar que inspire y dirija nuestro pensamiento, nuestra actividad o decisiones y nuestras responsabilidades hacia los demás? Para los cristianos, el servicio del amor, conectado consistentemente con la fe y la liturgia, el compromiso con la justicia, la lucha contra cualquier opresión y la protección de la dignidad personal son elecciones y actos que tienen un espíritu profundamente religioso y son sacrificios verdaderos y apropiados que agradan a Dios.

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo me ha cambiado más la lectura y la oración de los Evangelios esta Cuaresma?



Martes, Semana 5

FORTALECIDOS POR EL ESPÍRITU SANTO

“Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.”
(Hechos 1:8)

Cada misionero del Evangelio debe tener siempre presente esta verdad: es el Señor quien toca los corazones con su palabra y su Espíritu, llamando a la fe y a la comunión en la Iglesia. Para que la evangelización sea efectiva, necesita el poder del Espíritu, que da vida a la proclamación y llena de plena convicción a quienes la transmiten. Es una proclamación que, para ser completa y fiel, pide ser acompañada por signos y gestos, como la predicación de Jesús. Palabra, Espíritu y verdad son inseparables y compiten para asegurarse de que el mensaje del Evangelio se difunda de manera efectiva. La misión de la Iglesia, al igual que la de Cristo, consiste esencialmente en hablar de Dios, recordar la soberanía de Dios, recordar a todos el derecho de Dios a lo que le pertenece, es decir, nuestra vida. Por lo tanto, es un deber urgente para todos proclamar a Cristo y su mensaje salvador.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo puedo proclamar mejor el mensaje del Evangelio en mis palabras y acciones hoy?

Miércoles, Semana 5

UN SIGNO DE ESPERANZA

“La esperanza no decepciona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.” (Romanos 5:5)

En el sepulcro de Lázaro tuvo lugar un gran enfrentamiento. Por un lado, está la gran decepción, la precariedad de nuestra vida mortal que, atravesada por la angustia de la muerte, a menudo experimenta la derrota y una oscuridad interior que parece insuperable. Nuestra alma, creada para la vida, sufre al escuchar que su sed de bien eterno está oprimida por un antiguo y oscuro mal. Esta es la derrota de la tumba. Pero, por otro lado, está la esperanza que vence a la muerte y al mal y que tiene un nombre. El nombre de esa esperanza es Jesús. Él no trae un poco de consuelo ni algún remedio para prolongar la vida, sino que proclama: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás” (Juan 11:25-26). Por esta razón, Jesús ordena: “Quiten la piedra” y llama a Lázaro: “¡Sal!”

—Papa Francisco

*¿Cuándo he estado más tentado a ceder ante la desesperación
que a menudo acompaña a la muerte?*



Jueves, Semana 5

EL MISTERIO DE LA PRESENCIA EUCARÍSTICA DE JESÚS

“Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: ‘Esto es mi cuerpo, que será entregado por ustedes; hagan esto en memoria mía’”. (1 Corintios 11:23-24)

Contemplar a Cristo implica ser capaz de reconocerlo donde quiera que se muestre en sus múltiples formas de presencia, pero sobre todo en el sacramento de su cuerpo y su sangre, que hace una demanda especial a nuestra fe: el misterio de la presencia real. Creemos que Jesús está realmente presente bajo las especies eucarísticas. Esta presencia se llama “real” no de manera

exclusiva, como si sugiriera que otras formas de presencia de Cristo no son reales, sino “por excelencia”, porque Cristo se hace así sustancialmente presente, completo y entero, en la realidad de su cuerpo y su sangre. Verdaderamente la Eucaristía es un misterio de fe que supera nuestra comprensión y solo puede ser recibido con fe. La fe exige que nos acerquemos a la Eucaristía plenamente conscientes de que nos acercamos a Cristo mismo. La Eucaristía es un misterio de presencia, el cumplimiento perfecto de la promesa de Jesús de quedarse con nosotros hasta el fin del mundo.

—Papa San Juan Pablo II

*¿Cuándo he experimentado más la presencia de Cristo
en la celebración eucarística?*



Viernes, Semana 5

TOMAR PAN, SER TOMADO POR CRISTO

“Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”
(Mateo 18:20)

A través de la Eucaristía, Jesús se hace presente en medio de nosotros. Al convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, anticipó su muerte, la aceptó en su corazón y la transformó en un acto de amor. Lo que en el exterior es simplemente una violencia brutal, la crucifixión, desde el interior se convierte en un acto de amor total de entrega de sí mismo. Esta es la transformación sustancial que se llevó a cabo en la Última Cena y que estaba destinada a desencadenar una serie de transformaciones que conducirían en última instancia a la transformación del mundo cuando Dios sea todo en todos (1 Cor 15: 8). El cuerpo y la sangre de Cristo se nos dan para que nosotros mismos seamos transformados y nos convirtamos en el cuerpo de Cristo, en su propia carne y sangre. Permitámonos, a través de la celebración de la Eucaristía, ser llevados a ese proceso de transformación que Dios tiene la intención de llevar a cabo.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo me ha cambiado más mi participación en la celebración eucarística?

SIGUIENDO EL CAMINO DE LA CRUZ

“El mensaje de la cruz es una necesidad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios.” (1 Corintios 1:18)

Hoy se produce el mismo enfrentamiento entre el bien y el mal, el odio y el perdón, la mansedumbre y la violencia, que culminó en la crucifixión de Cristo. Las estaciones de la cruz nos invitan a adentrarnos más profundamente en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Nuestra fe cristiana nos urge a mirar la cruz. ¡Cuánto desearía que todos los hombres y mujeres de buena voluntad miraran la cruz aunque fuera por un momento! Allí podemos ver el deseo de Dios: la violencia no se responde con violencia, la muerte no se responde con el lenguaje de la muerte. En el silencio de la cruz, cesan el estruendo de las armas y se habla el lenguaje de la reconciliación, el perdón, el diálogo y la paz. Al reflexionar sobre los distintos eventos de las estaciones utilizando las Escrituras, podríamos preguntarnos: ¿Quién soy? ¿Quién soy delante de mi Señor? ¿Quién soy ante el Jesús que sufre? ¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de estas personas me asemejo? Que estas preguntas permanezcan con nosotros durante toda esta Semana Santa.

—Papa Francisco

¿Cómo puedo tomar tiempo esta semana para rezar las estaciones de la cruz en casa o en mi parroquia?



Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

“¡HOSANNA!”... “¡CRUCIFÍQUENLO!”

“Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él; si perseveramos, también reinaremos con él. Pero si lo negamos, él también nos negará.” (2 Timoteo 2:11-12)

La Semana Santa comienza con un “¡Hosanna!” y termina con un “¡Crucifiquenlo!”. La palma del triunfo y la cruz de la pasión son el corazón del misterio que deseamos proclamar. Jesús se entregó voluntariamente a la pasión. No fue aplastado por fuerzas más grandes que él. Enfrentó libremente la crucifixión y en la muerte triunfó. Al buscar la voluntad del Padre, se dio cuenta de que su “hora” había llegado y la aceptó con la obediencia libre de un Hijo y con un amor infinito por los seres humanos. Jesús no entendió su existencia terrenal como una búsqueda de poder, como una carrera hacia el éxito o una carrera profesional, como un deseo de dominar a otros. Por el contrario, renunció a los privilegios de su igualdad con Dios, tomó la forma de un siervo, se hizo como nosotros y fue obediente al plan del Padre, incluso

hasta su muerte en la cruz. El trabajo de salvación y liberación de Jesús continúa a lo largo de los siglos. Por eso, la Iglesia nunca se cansa de aclamarlo en su alabanza y adoración. Nuestra asamblea proclama una vez más: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

—Papa San Juan Pablo II

¿Cómo puedo imitar la lealtad inquebrantable y la fidelidad de Jesús a Dios durante su sufrimiento?



Lunes Santo

EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE LA MUERTE

“La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Corintios 15:55, 57)

La asombrosa resurrección de Jesús es esencialmente un evento de amor: el amor del Padre al entregar a su Hijo para la salvación del mundo; el amor del Hijo al abandonarse a la voluntad del Padre por todos nosotros; el amor del Espíritu al resucitar a Jesús de entre los muertos en su cuerpo transfigurado. Y hay más: el amor del Padre que “abraza nuevamente” al Hijo, envolviéndolo en gloria; el amor del Hijo que vuelve al Padre en el poder del Espíritu, revestido de nuestra humanidad transfigurada. Jesús resucita de la tumba triunfante. La vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. El amor es más fuerte que el odio. La verdad es más fuerte que las mentiras. Con la resurrección, Cristo nos atrae tras él hacia la nueva luz de la resurrección y vence toda oscuridad. Él es el nuevo día de Dios, nuevo para todos nosotros.

—Papa Benedicto XVI

¿Qué es lo que más me intriga e inspira sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús?

Martes Santo

¿ME TRAICIONARÁS?

“Jesús dijo: ‘Les aseguro que uno de ustedes me traicionará’. Entonces comenzaron a entrístecece mucho y a preguntarle, uno tras otro: ‘¿Seré yo, Señor?’”
(Mateo 26:22-23)

Hoy, a mitad de la Semana Santa, la liturgia nos presenta un lamentable episodio: la traición de Judas, quien va a los líderes del Sanedrín para negociar y entregar a su maestro. En ese momento, se fijó un precio por Jesús. Como si fuera un artículo a la venta, su precio es de 30 monedas de plata. Este trágico acto marca el comienzo de la pasión de Cristo, un camino doloroso que él elige con absoluta libertad. Él mismo lo dice claramente: “Yo doy mi vida para recobrarla. Nadie me la quita, sino que yo la doy por mi propia voluntad. Tengo poder para darla y tengo poder para recobrarla” (Jn 10:17-18). Y así, con esta traición, comienza el viaje de Jesús de humillación y sufrimiento. Una vez que Jesús ha tomado el camino de la humillación y la entrega, lo recorre hasta el final.

—Papa Francisco

¿De qué manera y por qué precio he traicionado más mi llamado a seguir e imitar a Jesús?



Miércoles Santo

EL MAYOR SACRAMENTO DE NUESTRA FE

“Yo soy el pan vivo que bajó del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, que yo entrego para la vida del mundo.” (Juan 6:51)

La Eucaristía es el sacramento más grande de nuestra fe, y todo lo demás se concentra en ella. Nuestro Señor está presente en ella como Hijo de Dios y Hijo de María. Está presente gracias al poder de las palabras que pronunció y está presente bajo las especies que él mismo eligió como signo de su presencia. Sabemos que todo esto ocurrió durante la Última Cena, cuando esas especies estaban naturalmente sobre la mesa para ser compartidas entre los que estaban comiendo con él. Las palabras que los apóstoles oyeron que él dijo eran completamente nuevas y llenas de profundo significado. Hablando del pan, Cristo dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes”. Luego tomó la copa de vino y dijo: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por ustedes” (Lc 22:19-20). Esto ocurrió el Jueves Santo, pero sus palabras ya se referían a los acontecimientos del Viernes Santo.

—Papa San Juan Pablo II

¿De qué manera he sido más transformado por el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

Jueves Santo

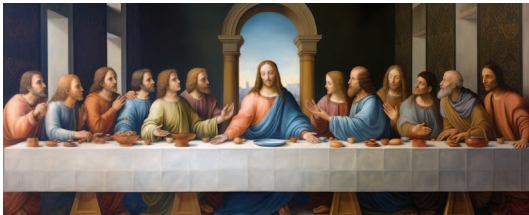
NOS CONVERTIMOS EN EL CUERPO DE CRISTO

“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (1 Corintios 10:16)

Lo que Jesús nos dio en la privacidad del aposento alto lo expresamos abiertamente hoy, porque el amor de Cristo no está reservado para unos pocos, sino que está destinado a todos. En la Eucaristía tiene lugar la transformación de los dones de esta tierra, el pan y el vino, cuyo propósito es transformar nuestra vida y, con ello, inaugurar la transformación del mundo. La palabra “eucaristía” (“acción de gracias”) expresa precisamente esto: que cambiar la sustancia del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo es el fruto del don que Cristo hizo de sí mismo, el don de un amor más fuerte que la muerte, un amor divino que lo resucitó de entre los muertos. Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división, la comunión con Dios mismo. Mientras que el alimento para el cuerpo es asimilado por nuestro organismo y contribuye a nutrirlo, en la Eucaristía no somos nosotros quienes lo asimilamos, sino que es él quien nos asimila en sí mismo, de modo que nos conformamos a Jesucristo, miembros de su cuerpo, uno con él.

—Papa Benedicto XVI

*¿Cómo he experimentado más ser uno con Cristo
en la celebración de la Eucaristía?*



Viernes Santo

UNIÉNDONOS A NUESTRAS CRUCES CON LA CRUZ DE CRISTO

“Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta sus pecados y confiándonos la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros.”

(2 Corintios 5:19-20)

Señor Jesús, ayúdanos a ver en tu cruz todas las cruces del mundo: la cruz de las personas que tienen hambre de pan y de amor; la cruz de las personas solas y abandonadas, incluso por sus hijos y parientes; la cruz de las personas sedientas de justicia y de paz; la cruz de los ancianos que luchan bajo el peso de los años y la soledad; la cruz de los migrantes que encuentran puertas cerradas por miedo y corazones blindados por cálculos políticos; la cruz de las familias divididas por la traición y el egoísmo; la cruz de las personas que buscan incansablemente llevar tu luz al mundo y se sienten rechazadas, burladas y humilladas; la cruz de los niños que se encuentran marginados y rechazados incluso por sus familias y compañeros; la cruz de nuestras debilidades, hipocresía, traiciones, pecados y muchas promesas rotas; la cruz de nuestra casa terrenal común que está gravemente marchitándose ante nuestros ojos egoístas, cegados por la codicia y el poder.

—*Papa Francisco*

¿Cómo puedo unir mi cruz a la de Jesús en mi oración hoy?



Sábado Santo

FORTALECIDOS POR LA CRUZ DE JESÚS

“Porque si hemos muerto con él, también viviremos con él. Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él.” (Romanos 6:8-9)

Contemplando de nuevo hoy la cruz de Cristo, escuchando en silencio la palabra que te dirige, descubre a este Dios que cuenta contigo, que confía en ti y que nunca se desespera de nadie. Él te ofrece su fuerza para hacer fructificar las semillas de paz y reconciliación que hay en el corazón de todos. Los actos más humildes de caridad y fraternidad dan testimonio de la presencia de Dios. Esta noche, cuando nos reuniremos como miembros de la Iglesia en la Vigilia Pascual, Jesús te invita nuevamente a abrirte a su mirada de amor sobre ti, a recibir el perdón que te dará el coraje para emprender de nuevo el camino de la vida. Él te llama a entrar en su luz para seguir adelante en el

camino de la conversión y la reconciliación. Acepta el amor que transforma tu vida y te abre los horizontes de la verdad y la libertad.

—Papa San Juan Pablo II

¿Qué necesito cambiar en mi comportamiento para crecer en santidad ahora que la Cuaresma está terminando?



Vigilia Pascual

¡CRISTO HA RESUCITADO, ALELUYA!

“Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.” (Lucas 2:29-32)

En la gran Vigilia Pascual revivimos el evento decisivo y siempre presente de la resurrección, el misterio central de la fe cristiana. La vela pascual se enciende para simbolizar la luz de Cristo que ha iluminado y sigue iluminando a la humanidad, venciendo la oscuridad del pecado y la muerte para siempre. Permitamos que la luz que brota de esta noche solemne nos ilumine; abrámonos en una sincera confianza al Cristo resucitado, para que su victoria sobre el mal y la muerte también triunfe en cada uno de nosotros, en nuestras familias, en nuestras ciudades y en nuestras naciones. Que la luz de Cristo brille y traiga consuelo a aquellos que viven en la oscuridad de la pobreza, la injusticia y la guerra, y a los miembros más vulnerables de la sociedad. El Cristo resucitado está con nosotros hasta el fin de los tiempos. En nuestros corazones hay alegría y tristeza, en nuestros rostros hay sonrisas y lágrimas. Tal es nuestra realidad terrenal. Pero Cristo ha resucitado, ¡está vivo! Caminemos con él en nuestro mundo herido.

—Papa Benedicto XVI

¿Cómo continuaré mejor mi camino de conversión diaria ahora que la Cuaresma ha terminado?



Domingo de Pascua

CONTINUANDO NUESTRO CAMINO CON EL CRISTO RESUCITADO

“Así pues, del modo que recibieron a Cristo Jesús el Señor, vivan en él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe tal como se les enseñó, con abundancia de acción de gracias.” (Colosenses 2:6-7)

Las mujeres en aquella primera mañana de Pascua pasan de caminar con tristeza hacia el sepulcro a correr de vuelta con alegría hacia los discípulos para decirles no solo que el Señor ha resucitado, sino también que deben partir de inmediato hacia Galilea para encontrarse con el Señor resucitado. Ir a Galilea significa volver a la gracia de los comienzos, donde comenzó nuestra historia de amor con Jesús, donde ocurrió el primer encuentro y llamado. Nos pide revivir ese momento, esa situación, esa experiencia en la que conocimos al Señor por primera vez, experimentamos su amor y recibimos una nueva forma de vernos a nosotros mismos, al mundo que nos rodea y el misterio de la vida misma. Para resucitar, para comenzar de nuevo, para emprender el viaje, siempre necesitamos volver a Galilea. Recuerda tu propia Galilea y camina hacia ella, porque es el “lugar” donde conociste personalmente a Jesús, donde dejó de ser solo un personaje de un pasado lejano y se convirtió en una persona viva que te conoce y te ama más que nadie.

—Papa Francisco

¿Cuándo y dónde encontré por primera vez al Cristo resucitado personalmente y comencé mi relación personal con él?

